

Umano Disumano vol. II — Prólogo de Gio Montez

Después de Umano Disumano vol. I me persuadí de que era necesario un prólogo como éste, en primera persona del singular omnisciente universal. ¡Sí, es urgente! Me he convencido. Lo escribo con la mano izquierda porque la derecha todavía me duele. Se llevó un buen golpe. Un trauma la sacudió cuando allá, en el viñado cabruno, festejando, resbalé en un barranco oculto. Con el calentamiento global al que he llegado en este infausto infierno, entre labios torturados y llameantes y bailarines asexuados en celo, es absolutamente indispensable que parta para alcanzar cimas inexploradas de glaciares ya descongelados y casi inexistentes; hincar la bota en el terreno fangoso entre millones de fósiles de millones de años y aguas hirvientes vueltas por fin a fluir en movimiento descendente, otorgando nuevas profundidades al abismo. Escribo con la mano izquierda porque la derecha está ocupada acelerando por los senderos tortuosos de monjes religiosos que emergen y salen así a flote alrededor del monte desnudo. Y entre una cima y otra, tendida allá arriba, está la cuerda del funámbulo, suspendida, de modo que si hiciera falta podamos encontrarnos allí en el monte a celebrar la existencia, unidos sólo por la soledad de estar solo. Virtuoso yo, que escribo con la mano izquierda para alterar mi caligrafía y confundir el flujo de conciencia, de manera que al releerme me parezca que todo lo ha escrito otro, aunque al final todo habrá sido compuesto a máquina y ya no quedará nada que leer. Hacia la izquierda hago girar también el sentimiento de culpa que no me permite reírme de mí mismo y burlarme de ese retrasado que soy, y que siempre he sido. En efecto, sólo ahora he comprendido que los japoneses no tienen sentido del humor y que para jugar hay que ser al menos dos. Topológicamente hay que pensar que un monte que tiene una cima tiene también un valle; o que hay al menos otro, una mujer; ¡y que la mujer tiene al menos dos cimas además del valle! Y así sucesivamente... Para superar esta trágica caída en el pantano de fósiles y barro hay que aprender a reírse encima — riderci. Quería escribir riderci, pero ruderci, «hacerlo ruinas», podría valer igualmente. Hay que hacerse, o mejor dicho hacer niños y dejarlos jugar juntos, dejándolos habitar las cimas descongeladas y hacerles mear en la cabeza de los retrasados tan elogiados. Con desencanto y ligereza, los niños habitarán esos lugares donde todo es sagrado y donde el texto más sagrado que se ha conservado es un manual práctico titulado «peerse sin cagarse encima». Nos vemos, pues, allá arriba en el monte niño, para burlarnos con altura de esos retrasados que empujan la moto en línea recta horizontal haciendo girar las ruedas al revés. Los que se han quedado atrás son progresistas enloquecidos vencidos por la inercia, que corren a velocidades fotónicas en línea recta como hacen los cohetes-misiles, sin cambiar nunca de trayectoria salvo cuando se doblan aplastados por el peso de la atmósfera, dando siete vueltas y media al globo por segundo para volver siempre y para siempre al mismo instante en que habían acelerado para moverse de allí. Y además estoy

seguro de que el retrasado tarde o temprano se preguntará si empujar la moto causa el retraso, o si es porque es retrasado que empuja la moto. Quién sabe. Por suerte siempre hay algo que aprender y de lo que tomar ejemplo. La mítica moto de Motolese, por ejemplo, es distinta de las demás si se mira bien. Tecnología futurista biomecánica hiperevolucionada prohibida a los mayores de 6 años, con un carenado minúsculo a medida de liliputiense y botoncitos atómicos como los del StarTAC, el teléfono móvil con el que es imposible decidir qué número marcar. Estoy archiseguro de que es una tecnología producida en ese lugar que algunos llaman «Japón», donde la ironía de la suerte quiso que la usaran para aprender a hacer bromas telefónicas; y estoy también seguro de que se remonta a la época postimperialista, al menos treinta años después del célebre harakiri del general Nogi, en tiempos del boom económico surgido de la destrucción de Phoenix. En resumen, esta tecnología se pone paradójicamente en marcha pulsando un solo botón. Pul. Zak Zak Tumb Tumb. Y allá va. Arrancada al primer intento, se transforma en un cohete-misil que se dispara entre las cimas hacia arriba, y luego desciende un poco, hasta golpear Montecitorio. Se cuenta que los montes más bajos son sacrificados por la ferocidad salvaje de la tecnología enloquecida, mientras que la inteligencia humana sabrá refugiarse en cimas mucho más altas. Por lo demás, esta moto es una entidad deficiente de espíritu de iniciativa, un medio como otro cualquiera, y sus atributos dependen del uso que se haga de ella. En todo caso, mientras tanto me asomo un poco, al menos para ver si el cohete-misil ha funcionado. Ha funcionado. Montecitorio se parece ahora más a un panteón. La recesión avanza entre bosques de brazos tendidos, tubos, palancas, frenos y embragues; pero también gracias a los plátanos y a los cohetes-misiles sobre los palacios y las iglesias. El mundo se ha reabierto por fin a la visión feminista, así que creo hablar en nombre de todos cuando digo que yo también soy un poco Giorgia. ¡Sí, así es! ¡Pero qué bonito castillo, Marcon Diron Dirondello! Por eso me devano los sesos, decía la dama del oropel. Pero el principio es siempre el mismo: si sabes que algo no puedes hacerlo, actúa evitando hablar. Así que me he convencido de estar convencida de querer crear un partido de acción feminista y evolucionario que llamaremos a coro «fallo» — hazlo / el fallo. Debo acordarme siempre de llevarme un plátano; o mejor no detrás, quizá me lo meta en el bolso de mano, que es más cómodo y gracioso, porque nunca se sabe: si me confundieran con un pirata de la carretera japonés siempre podría enseñarles esta o aquella evolución, y estaría seguro de que así me reconocerían. Cuando hablo de evolución y de jirafas los nervios me afloran a la piel. Me vuelvo enseguida darwinista; o mejor dicho darwiniano, porque prefiero razonar con el culo. Si pienso que las jirafas se han evolucionado con el tiempo pierdo los estribos. Parece que al principio eran una especie de cruce bastardo y fortuito entre un burdégano y una tortuga que, sin entrar demasiado en detalles, se apareaban, dando origen a una especie rara, pues casi siempre estéril, de jirafa somalí de cuello corto. Criaturas casi mitológicas, lentas, poco útiles para nada, ni siquiera para hacer caldo. Eran cruelmente maltratadas por los colonos que se las encontraban

delante tras la gran travesía atlántica horizontal hacia la izquierda. Tales animales sólo servían para la carga, y por eso los colonos les estiraban el cuello haciéndoles arrastrar grandes cargamentos de oro, diamantes, incienso, mirra, mazorcas y cañas de azúcar hasta delante de los grandes navíos atracados, dejándolos luego en tierra exhaustos, pues con aquel cuello alargado por la fatiga no cabían en la bodega del barco, que es en efecto una tecnología seguramente concebida en Oriente. Y así aquí, en la cima de esta montaña, mientras meo contemplo extasiado la maravilla de la hora del crepúsculo, cuando todas las criaturas parecen atareadas y hay un gran movimiento en el aire y los mosquitos vuelan entre las últimas líneas de sol que, al retirarse, acrecientan la penumbra donde los murciélagos dibujan círculos en movimiento circular a baja altura y el pájaro carpintero se apresura a dar los últimos martillazos apretando el ritmo tamborilero, y los gritos de guerra de loros verdes que se agitan entre los cohetes-misiles, mientras ya es hora de emigrar de nuevo hacia nuevos horizontes. Ahora bien, si todavía estás sonriendo sin saber por qué, éste es el espíritu justo con el que abordar esta maravillosa lectura. Estás listo para pasar la página.

Gio Montez

(Artista interdisciplinar, director artístico del Atelier Montez, founder y c.e.o. de ARTup srl)

Luca Motolese

motolese.com — Texto original en italiano